

Editorial

Euzko Gaztedi, 1966-11: 1.

El 25 de noviembre de 1903, Sabino de Arana y Goiri, entregó su alma a Jaun Goikoa eterno Señor de Euzkadi.

Han pasado 63 años de esta infausta fecha, pero sus enseñanzas y su doctrina siguen todavía en pie.

Con un grito que relumbró en los ámbitos de la patria, detuvo a una generación suicida que, como corcel desbocado, arrastraba al abismo los fundamentos gloriosos de su nacionalidad.

Se lanzaron sobre él para destrozarle. Y él comenzó a andar su camino. Lo hirieron, le maltrataron; hicieron mofa de su virtud extraordinaria. Y él ponía cada vez más alta la luz del ideal y proseguía su camino. Entre los denuestos, las persecuciones, las injusticias, hermanos arrepentidos y convencidos, inteligencias ansiosas de verdad y corazones sanos de juventud generosa, le confesaban y le seguían.

Con esto el furor de los más se redoblaba y todos los enemigos confabulados quisieron exterminarlo. Pero sólo la muerte pudo detenerle en su camino y derribarle por permisión de Dios en Sukarrieta.

Y entonces se vió que por amor o por odio, por escucharle o por calumniarle, por aprender su doctrina o para maldecirle, toda la patria había caminado detrás de él, por el camino que sus plantas abrieron. Y toda la patria se encontró ligada, con ligaduras de fuego que se alimenta en las entrañas de la vida racial, al problema único de la nueva doctrina, del nuevo amor, de la nueva ge; al problema planteado por Arana Goiri desde su casa de Abando, con su grito de redención: EUZKADI ES LA PATRIA DE LOS VASCOS.

Y este grito de redención que los jóvenes de hoy, apretamos contra nosotros, lo fundimos en nosotros, en nuestra herencia. La herencia legada por un vasco insigne, al que hay que contemplarlo en su contextura humana total, adentrarse en su corazón huyendo de la mitología y tratar de comprenderlo en su tiempo diferente al nuestro. El Sabino que lanzó el grito: ¡Muere España! ¡VIVA EUZKERIA INDEPENDIENTE! (San Roque 1893), es el mismo que alzó la bandera reivindicatoria de los derechos del trabajador, con frases como ésta, que entonces escandalizaron a muchos capitalistas vascos retrógrados y que hoy en día tienen gran actualidad. "El rico predica la rebelión contra Dios y quiere erigirse en Dios de la sociedad; pero no consiente que nadie se rebele contra él. Si tal sucediera las cargas de caballería sonarán con estrépito en las calles y las descargas de fusilería las barrerán de seres vivientes. Muchas pretensiones obreras hemos visto manifestarse por medio de huelgas, pero nunca se ha visto desplegar la fuerza armada contra los capitalistas, sino únicamente contra los obreros que piden jornales justos".

Así era Sabino: Apasionado, humano, respetuoso, leal, revolucionario y cristiano. Tuvo el mérito de hacerse impermeable al ambiente, de superar las ideas retardatarias de su época en un singular combate interior. Golpeó las mentes y los corazones dormidos con su ejemplo, su sacrificio, su entrega al ideal, con su respeto profundo por la forma de pensar de sus hermanos de lucha. El (el único que lo fue) jamás alardeó de superpatriota.

Fue un joven generoso que a los diez y ocho años tuvo la grandeza de alma de pronunciar aquellas palabras que le hicieron entrar en la historia: "Mas, al cabo de un año de transición disipáronse en mi inteligencia todas la sombras con las que oscurecía el desconocimiento de mi patria y, levantando el corazón a Dios, de Bizkaya eterno Señor, ofrecí todo cuanto soy y tengo en apoyo de la restauración y juré trabajar en tal sentido con todas mis débiles fuerzas, arrojando cuantos obstáculos se me pusieran de frente y disponiéndome en caso necesario, al sacrificio de todos mis afectos, desde el de la familia y de amistad hasta las conveniencias sociales, de hacienda y la vida misma. Y el lema Jaun Goikoa eta legi Zarra iluminó mi mente y se grabó en mi corazón para nunca más borrarse".

El apasionamiento, los prejuicios de toda clase, las campañas de prensa hispana, perfectamente planeadas, nos han impedido muchas veces ver con nitidez el verdadero camino que trazó Sabino de Arana y Goiri, durante su corta vida. Un escritor español se lamentó de que "no hubiese visto una horca levantada en la cárcel de Bilbao y de ella colgando el cuerpo de Sabino de Arana y Goiri". La realidad es que su espíritu carril con que levantaron el monumento viviente del genocidio al que contribuyeron, a través de los años, todos los gobiernos de Madrid, incluido el republicano con su mezquindad e incomprensión.